



El color en las ciudades desde la Antigüedad hasta la Edad Media

Tiempo y espacio no van a la par a la hora de explicar cómo se crea tal o cual epidermis en las ciudades que el ser humano ha modulado desde su gradual proceso de sedentarización. No hay una división cronológica en el empleo del color desde el más remoto pasado hasta nuestros días. En todos los tiempos y niveles de desarrollo tecnológico se plantean similares condicionantes del color en la ciudad, y hay más dependencia del estadio cultural que de la relativa cercanía en el tiempo a nuestro presente. En este sentido, hay una relación estrecha entre desarrollo cultural-tecnológico y la tipología, variedad y mutabilidad del empleo del color. Por ello cualquier civilización antigua de rango elevado puede aproximarse a la modernidad en conceptos estéticos, policromismo y cambios.

El subdesarrollo hace que en la ciudad el color vaya muy parejo al medio en que se enclava, participando de formalismos similares. Lo que el lugar aporta se emplea directamente sin más pretensiones, tendiéndose al monocromatismo, la perdurabilidad de las tradiciones y la escasa diferenciación con el entorno no urbano. Las pocas posibilidades de transporte de materiales exógenos imponen el color de la tierra en las calles, de la piedra sin desbastar en los zócalos, de la arcilla en los adobes de las paredes y de la hierba en las techumbres. Un estadio cultural desarrollado, con redes de intercambio robustas, permite siempre superar atavismos y tradiciones, favoreciendo los cambios de modas con celeridad, muchas veces importadas por las élites desde lugares y culturas alejadas.

En nuestras latitudes, Roma simboliza un concepto de ciudad práctica, con rapidez de respuestas a las necesidades de uso que impone la aglomeración urbana: pavimentación de calles, sistemas de recogida de aguas y drenajes, solidez constructiva y acabados externos resistentes a la climatología. Esto imprime, dentro de una forma urbana ordenada (ejes amplios y ortogonales), una piel muy diferenciada del *ager*, con policromatismo por doquier: grises del pavimento, rojos de los tejados y negros, caobas, bermejós, azules, blancos,... de las paredes. La Tardo Antigüedad pretende recoger la herencia y, en multitud de lugares, se perpetúa, con las lógicas transformaciones impuestas por el cambio social, político y económico; pero no hay vigor en el mantenimiento continuado, y sí retraimiento urbano, endogamia impuesta por los problemas de fluidez comercial y comunicaciones, así como reutilización de la materia que durante siglos modeló a la ciudad, de tal manera que ésta es cantera de sí misma.

El mundo islámico recupera la potencia de un marco territorial supra-continental, permitiendo que, aunque se mantiene la reutilización de los materiales que generaron la urbs romana, se importen gustos orientales, diseñándose una ciudad de blancos, rojos, azules, con otra forma, donde entra en juego la sinuosidad de su trama. Muchas veces, la pobreza constructiva o fabril de las construcciones se amortigua externamente con tratamientos decorativos como la yesería, alicatado, pinturas a la almagra, geometrismos repetitivos, etc. El éxito de la tapia en tiempos de dominio bereber, aún teniendo precedentes ancestrales, imprime del color de la tierra al cinturón urbano (muralla) y al mismo caserío, salpicado éste también de cal y teja, alicatados coloristas, dorados remates y solado con ripio apisonado.

El "encastillamiento" cristiano dispersa la agrupación urbana, haciéndola menos populosa, encorsetándola de piedra en su perímetro y radicalizando el contraste del humilde caserío popular (discreto en el color y la forma), con los hitos del poder religioso y político: iglesia, monasterio o caserón-palacio señorial. Estos últimos son edificios rotundos, dominantes y partícipes de los estilos románico o gótico; con acabados de sillería, ladrillo o enlucidos decorados; con moduladas y coloristas portadas, balconadas y ventanales; y coronados por pétreas y enhiestas torres almenadas, pináculos floridos y cubiertas de pizarra, teja o losas en terminaciones abovedadas.

Finalmente, el paso a la modernidad a partir de la segunda mitad del siglo XV será un lento proceso de asimilación de tradiciones clásicas italianizantes, con perpetuación del medievalismo cristiano y las tradiciones islámicas, unidos en multitud de ocasiones en el maravilloso y colorista híbrido mudéjar, ensayado con éxito sobre todo desde el siglo XIV.

Florentino Pozo Blázquez
Arqueólogo